

## POÉTICAS DE LA IMAGINACIÓN POLÍTICA

Antonio Alías

Universidad de Granada

antonioalias@ugr.es

**Labrador Méndez, Germán. Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986). Ediciones Akal, 2018.**

A partir de un melancólico gesto no exento de contradicciones, se alertaba en el *Prólogo de Dialéctica de la Ilustración* (1947) de la metamorfosis del *elemento crítico* en *afirmación*, o lo que es igual, del abandono de la crítica por una ciencia instrumentalizada y al servicio de un pensamiento hegemónico tras el fin de la II Guerra Mundial. Pero tal afirmación no hacía más que señalar a las verdades del pensamiento (teórico), no ya como el lugar del fin o la destrucción de la propia Ilustración, sino como un inquietante proceso global de producción cultural donde el lenguaje –como una cuestión de control y supervisión sobre el montaje de los textos (*literarios*)– también era sometido a la censura previa sobre cualquier intento de hacer valer editorialmente una voz crítica. De ahí que, en el intento de no caer en una funcionalidad filosófica ni tan siquiera, de manera significativa, en la afirmación teórica que promulgaban como falsa, en esta sentencia sus autores apuntaban hacia una salida *negativa*, y que necesariamente abrirían de un nuevo espacio ciertamente libidinal para la comprensión política de los afectos: “Así como la prohibición siempre ha abierto el camino al producto más tóxico, la censura de la imaginación teórica prepara el terreno a la locura política” (Adorno 13).

De esta manera, *Dialéctica de la Ilustración* se escribe, paradójicamente, como una fractura histórica, pero desde luego también como un profundo cuestionamiento cultural de la modernidad, incluida una severa revisión de los conceptos y sus usos discursivos, que abarcan de la ciencia al ámbito social; de la filosofía a la literatura. Así, Adorno y Hork-

heimer concibieron en conjunto una reflexión que, en primera instancia, trataría sobre el nazismo y la preocupante cuestión del antisemitismo (aún presente en administraciones e instituciones democráticas, según estos), aunque con las heridas históricas aún abiertas, desarrollan una crítica cultural más ambiciosa: detectar el proceso de agotamiento de la razón y de los discursos en torno a ella. La magnitud de este diagnóstico es lo que se ha convenido en llamar *crisis de la razón*, complejo paradigma conformado a partir de la autoexigencia –permutada en *ansiedad* en el paratexto frankfurtiano– sobre las propias capacidades de la razón, así como en la de su progresivo desmoronamiento fundamentado, principalmente, en la frustración del pretendido universalismo de los valores ilustrados. Estos, incapaces de dar cabida a promesas de emancipación real –tal y como promulgaba el pensamiento ilustrado–, proyectan una desmedida autonomía asimilada, por defecto, como racionalidad utilitarista y aprovechada a lo largo de la modernidad, y en la que justamente se han constituido muchas de las políticas culturales en las democracias europeas con un pasado conflictivo.

Precisamente a partir de esta reflexión sobre la (propia) culpa de la razón en su desajuste crítico, podemos entender también el empeño, en principio, *negativo* de Germán Labrador Méndez que, en su libro *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española* (Akal, 2018), hace valer críticamente las ausencias de nuestra historia cultural más reciente durante la llamada Transición o, lo que es igual, recupera otras formas de hacer (*poéticas*) de aquellas sensibilidades críticas y sin parte –*marginadas*– en la representación de la escena política que, entonces, se relataba como *mito de la Transición*, una transición como ficción democrática al servicio del nuevo régimen constitucional. Igualmente melancólica –como la de los frankfurtianos– es la empresa de Germán Labrador de rescatar a poetas y artistas bien de su olvido cultural, bien de su ostracismo político, no obstante, dignifica los afectos de un relato con el que, hasta hace bien poco, no se contaba. Por eso, a propósito de la controversia suscitada no hace tanto tiempo por Amador Fernández Savater y Guillem Martínez con *CT o la Cultura de la Transición* para discriminar entre las prácticas culturales hegemónicas y unas ciertamente contraculturales (16), *conocer sobre la pérdida* –aquí también aparece el fantasma metodológico de W. Benjamin– es encontrarse con una serie de posibilidades alrededor de la *imaginación*, que se enfrenta a las imposibilidades institucionales de solución política. Se da cuenta así de la cuestión más importante de *Culpables por la literatura* que es, propiamente, una *cuestión poética*. En este sentido su autor exhuma –como si se tratara de una arqueología foucaultiana del franquismo– las transformaciones cualitativas de una cultural *underground* degradada y sometida al principio de regulación (moral) del hacer adecuado en el orden de las responsabilidades

sociales que, a pesar del momento de democratización político, seguía vigentes en el espíritu de la nación. Y esto es fundamental en la obra de Germán Labrador: entender las necesidades perdidas de una contracultura donde la literatura, especialmente, es percibida como un cuerpo torturado todavía por los dispositivos represivos –*biopolíticos*– del franquismo en la confección de hábitos normalizadores entre los artistas para su saludable redención democrática o, por el contrario, asegurarse su muerte (poética). Esto apunta a una radicalización del discurso vencedor que, tras la dictadura franquista, se aproxima a las lógicas del exterminio genocida en las cuales lo más importante es no dejar vestigio alguno sobre aquellos que fueron reprimidos a costa del mantenimiento de una determinada forma (política) de vida. De esta manera, la muerte no se considera un acto político irracional, sino, al contrario, un *instrumento de ingeniería social* donde la vida era producida a partir de la eliminación de la otra parte, la considerada nociva. Y la semejanza no es desmesurada si tenemos en cuenta que, tanto las políticas del silencio como el negacionismo sobre la represión de los vencidos derivadas del conflicto civil español son verdaderos *aparatos represivos del Estado* (Althusser 111) relacionados con el control ideológico y su gestión ceñida a la vida y costumbres que se extienden por todo el *cuerpo social*. (Foucault 192). En este sentido, los términos y conceptualizaciones con los que el filósofo francés piensa esta forma de represión o el control sobre las conductas humanas nos sirve aquí para reflexionar sobre el innegable vínculo que existe entre la praxis opresora del poder franquista y el sometimiento poético de la contracultura española. De hecho, resulta elocuente cómo Germán Labrador se apropia conceptualmente de la biopolítica de Foucault para proponer una concepción propia, la *bioliteratura*, es decir, la de una literatura no separada de la vida, y de la experiencia en la que esta se (re)crea. Allí, define Labrador, es donde “el poder de la literatura se ejerce por su capacidad de ir más allá del texto, al mundo, creando vínculos entre cuerpos y letras” (48). Que la violencia y el miedo fueran las dos caras de la política franquista, tiene que ver con las formas propias articuladas en *dispositivos biopolíticos* no sólo para la instauración del nuevo régimen, sino para su posterior establecimiento en el tiempo de la dictadura mediante medidas de disciplina y regulación social que, a pesar de la muerte de Franco, alcanzan a la Transición. El objetivo de dichos mecanismos estaba destinado, por tanto, a la legitimación interior de la dictadura, pero también a la generación de una subjetividad característica de los hombres y mujeres en tiempos del franquismo: un *ethos* resignado, pasivo, sumiso para lo que el control ideológico y la violencia física eran medios efectivos en la *precarización* de los gestos, las palabras e, incluso, de los deseos (Butler 3) de algunos poetas que, entonces también, los posicionaba críticamente en una sociedad que creía prescrita una dictadura y una democracia que parecía no recogerlos.

De esta manera, *Culpables por la literatura* no resulta una historia cultural más de la Transición, si acaso una relectura de esta en el intento de dar cuenta de unas poéticas abandonadas (Anibal Núñez, Haro Ibars, Leopoldo María Panero o Valentín Zapatero), que sólo pueden ser medidas desde las fuerzas subversivas contenidas en las obras de alguna de ellas, pero también en las intensidades del *deseo* liberado a partir de los actos de represión franquista. Así la articulación de otras *formas* posibles deslindadas de la compleja relación entre ciudadanía y política o, dicho de otro modo, unas *formas* (de representación) *democráticas de la imaginación política* donde se proyectan “las capacidades de las personas de imaginar un mundo de relaciones humanas cooperativas usando *formas* para ello (y no importa si estas son palabras, canciones, poemas, grafitis, imágenes, pronombres o sus propios cuerpos)” (14). El resultado de todo ello es un contundente trabajo crítico que pone en conexión la literatura de ciertas formas marginales o contraculturales durante la Transición democrática española con planteamientos estéticos que, en ocasiones, recuperan las fuerzas transgresoras del romanticismo, para así dar una respuesta política a las prácticas institucionales en las que, de otro modo también, derivó la cultura de la Transición, y que hoy son popularmente conocidas como “La movida”. Existe también, pues, una historia crítica sobre las maneras en las que la experiencia literaria se inscribe políticamente en los cuerpos de unas vidas, pero es ahora cuando empieza a escribirse.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Akal, 2007.
- Althusser, Louis. *La filosofía como arma de la revolución*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1974.
- Butler, Judith. *Frames of War. When the is live grievable?* Londres, Verso, 2010.
- Foucault, Michael. *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France, 1978-1979*. París, Gallimard/Seuil, 2004.
- Martínez, Guillem (Coord.). *CT o la Cultura de la Transición*. Barcelona, Peguin Random House, 2016.